

El Diario Intimo de Luis Oyarzún

Por Enrique Valdés 2/3



Luis Oyarzún.

- El diario es un continuo repensarse no sólo a sí mismo, sino en relación a los demás y al mundo que habita como un ser extraño, como una "conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas". Es también su fuente de alegría como trabajo literario, como justificación de su talento y vocación de escritor. Lo corrige y lo perfecciona cada vez que transcribe algo.

OBRA sin precedentes en la literatura hispanoamericana es este *Diario Intimo*, el opus póstumo del notable escritor chileno Luis Oyarzún. Profesor universitario, decano de Bellas Artes, Agregado Cultural en Estados Unidos en 1970 y, sobre todo, viajero impenitente, que registra con menuda letra y santa paciencia el itinerario de una conciencia y un cuerpo en continuo movimiento y cuestionamiento vital y existencial. Hay que agradecer al sobrino del autor, el antropólogo Eugenio Oyarzún, el rescate y la copia mecanografiada de esta obra publicada bajo el cuidado y prólogo del profesor Leonidas Morales y el patrocinio del Fondart. Falta en ella un cuaderno fundamental, de tapas duras, rojas, fechado en 1969-1970 que no fue transcrito por Eugenio y que con seguridad tampoco fue entregado al coleccionista Sergio Fernández, quien compró la colección a la muerte de la madre, doña Hortensia Peña.

Uno de los tópicos de los discursos y homenajes posteriores a la muerte de Oyarzún en Valdivia, noviembre de 1972, era la queja de que el autor no había publicado, en su vida, una obra representativa de su notable talento, visible en la sala de clases, en sus conferencias y en la charla privada. Como obra capital del autor, el *Diario Intimo* es la fuente desde la que se desprende prácticamente toda su obra publicada: relatos, ensayos, poesía, prosa poética, conferencias y crítica de arte.

Las anotaciones del *Diario Intimo* registran 23 años: entre octubre de 1949 y noviembre de 1972, el mes de su muerte. Pero si nos atenemos a la primera anotación del libro *Mudanzas del tiempo* (1962), el comienzo del diario es de enero de 1939, a los 19 años del autor, completando un período de 33 años de fidelidad a la escritura. El acopio de anotaciones en un solo libro ofrece múltiples facetas a la investigación y posibilita diferentes lecturas. La más interesante es su concepción como obra de arte, por la cuidadosa elaboración de su estilo y a la impecable factura de su prosa —una de

Gabriela Mistral.



las mejores del país— y por la variedad de temas tratados: ecológicos, literarios, políticos, sociológicos. Un libro del que se desprende una particular visión del mundo y de una época, crucial en la historia de Chile del siglo XX. Su estructura como *Diario In-*

Oyarzún se salta olímpicamente todo este menudeo literario de lo cotidiano para ir a lo que es de su interés: la escritura como placer inmanente, como un hacer y un conocer. Transforma un género menor en texto literario, en cuaderno de apuntes, un gran borrador esquemático, similar a los de Dostoievski o Camus.

timo nos ofrece un vasto universo de significaciones coherentes y contradictorias, propias de la cultura y la personalidad del autor que sabe reflejar con maestría y lucidez la diversidad poliédrica y equívoca de la modernidad.

Nacido en 1920, Oyarzún aparece en el ámbito de la cultura chilena en una etapa marcada por la existencia de grupos y manifestos literarios: el runrunismo, la mandrágora, el surrealismo, y el creacionismo

tratan de imponer manifiestos y postulados. En la perspectiva actual, resulta más coherente analizarlos a la luz de las rupturas producidas en Europa hacia 1875 con Baudelaire y con sus posteriores conexiones con el surrealismo, el simbolismo, el impresionismo y el parnasismo, de los que Oyarzún aparece como un fiel continuador. Su afinidad surge desde la misma elección del *Diario de Vida* como género literario, pues lo primero que hace es destruir el sentido tradicional del género: como libro de anotaciones sujeto a la condena del calendario. Nada de eso. No hay página en este diario donde Oyarzún nos cuente lo que hizo o dejó de hacer, como vida cotidiana. Ni lo que dijo en sus clases, ni la reacción de sus alumnos, ni las especificaciones a las comidas o bebidas en las exhaustivas descripciones de sus paseos a Lampa y Horcones, Caleu o Lo Gallardo con el conocido grupo de sus amigos más cercanos: Roberto Humenes, Enrique Lafourcade, Hernán Valdés, Andrés Pizarro. Oyarzún se salta olímpicamente todo este menudeo literario de lo cotidiano para ir a lo que es de su interés: la escritura como placer inmanente, como un hacer y un conocer. Transforma un género menor en texto literario, en cuaderno de apuntes, un gran borrador esquemático, similar a los de Dostoievski o Camus. Conocedor de su propio temperamento y personalidad, más cerca del placer hedonístico que del rigor, la elección de este género obedece a un intento por autoimponerse una disciplina y un

Citas Destacadas del Diario:

En Londres:

Soy una criatura del Nuevo Mundo, un sudamericano al fin, un hijo del Pillán y de los monstruosos dioses indios. Allá no sabemos que nuestra existencia está llena de poesía, de sol, de aire, de fuego, de mar, de estrellas, de cordialidad selvática, a veces terrible y, sin embargo, qué fascinadora y qué fuerte comparada con este senil exquisito corazón de Europa (31).

Enrique Lihn:

En su poesía, buena por lo demás, Enrique Lihn es casi siempre un sofista resentido que escribe por la herida. Siente odio contra su infancia y en su egolatría mistraliana la identifica con el mito (1972: 610).

Enrique Lafourcade:

En El libro de Kareen: "La naturaleza empieza a ser vista con ojos civilizados, a ser espiritualmente poseída por el hombre. Autor tan fascinado por la belleza corre el riesgo de hablar o susurrar con voz meliflua. Deseo que en el

futuro no se detenga demasiado en los exquisitos elementos de su actual mundo poético. Sería una abeja literaria, excesivamente fragante, embriagada de polen (79). Un buen ejercicio de clasicismo castellano no les haría correr el riesgo de tildamiento... Pero domaría un poco su pelo hirsuto y enriquecería su «chileno básico» (82).

Muerte y Eternidad:

Muere el pez, mueren los pescadores, muere ese perro que ladró tantas veces en vano..., mueren los hombres y todos los libros morirán algún día. Mas, el que va a morir sabe y no sabe que muere, cada cosa lo precipita en la muerte; mas, antes, cada cosa le inspira el deseo de la eternidad (1956: 243).

Santiago:

Difícilmente habrá ciudad más fea, miserable, sucia y deprimente en el mundo entero. No sé cómo la insensibilidad nacional tolera basurales del río y el espectáculo lunar de esa pobre corriente que baja entre los montículos de escoria y mugre, al lado de una po-

blación callampa... pútrida, innoble, sumergidos en una letrina, mientras nosotros nos paseamos bajo los árboles (186).

Grandes Ciudades:

El mecanismo de las grandes ciudades deberá ser considerado algún día —si es que aún la humanidad tiene muchos días delante de sí— como monstruoso: ruidos metálicos, enormes vehículos en movimiento, luces rojas, anaranjadas y verdes que regulan los actos de la multitud. Casi no se da ya como posible la ociosa vagancia del hombre que busca descanso en la contemplación de la belleza de su ciudad o en el diálogo peripatético con sus amigos. Vivimos en ciudades-fábricas, hechas para los automóviles y no para los hombres (40).

Botánica:

Determinamos el nombre científico de la "humeriana mórbida", que suele ser llamada "azucena de campo" o "pata de vaca". Es como pensábamos, una or-

quidácea. Crece en el centro y en el sur de Chile, tiene raíz fasciculada y flores blancas en espiga. Su nombre de Chlorea se debe a las protuberancias verdes del labelo (328).

Paisaje:

La luna llena parecía saber que esa era su última noche de verano. Subió desde las montañas desnudas, inmensa y grave, difundiendo una luz que permaneció dorada durante más tiempo que otras veces. En el huerto, cerca de la medianoche, Andrés y yo conversamos sentados en la tierra. Intimamente podía sentirse algo semejante a la grandeza, no por hacer ni decir grandes cosas, sino por esa tranquilidad que nos emparentaba a todos los hombres que desde antes de la historia se han sentado en la tierra ennoblecida por la calma lunar a mirar algo que no se sabía ya si estaba adentro o afuera de ellos mismos (241).

El Tiempo:

¿Qué poseemos? Sólo un tiempo precario, cuya esencia misma es desva-

necer, pasar. He suspirado por ver a mi madre, por vivir de nuevo con ella. Pero, ¿cuánto tiempo volveremos a estar juntos? En cada instante de nuestra vida está presente la certeza interior de la muerte, nuestra creencia fundamental, el hecho fundamental de la vida (57).

Revoluciones:

Todas las grandes revoluciones modernas están desprovistas de una verdadera imagen revolucionaria creadora del hombre... El hombre al que aspiran los comunistas no es, en el fondo, diferente ni mejor que el hombre del capitalismo... Estos hombres dominan cosas, pero no se gobiernan a sí mismos (346).

Espíritu:

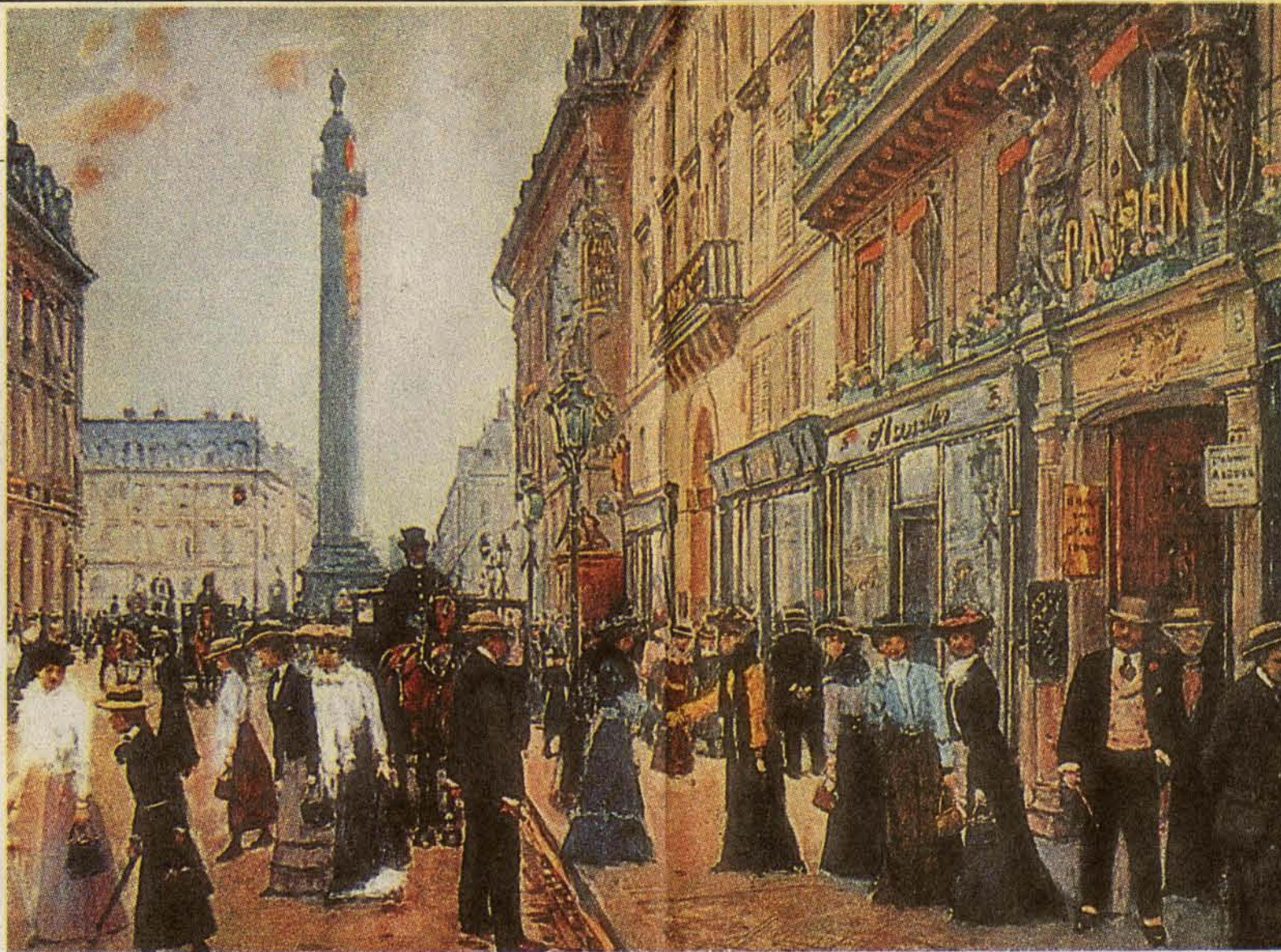
Si hubiera un renacimiento de la fe espiritual no estaríamos donde estamos. El espíritu no es sólo sustancia, es dinamismo. ¡Que aterrice el Espíritu Santo! Quiero un espíritu con realidad, con tierra. Un espíritu que esté a la altura de la materia inflamada (348).



Pablo Neruda.

método de trabajo que lo obligase a escribir con cierta constancia: "No quiero vivir sin inspiración. Me aplastan los libros, mi avidez por todo lo insustancial, mi actividad y mi persona, mis kilos de más, mi debilidad de carácter ante mí mismo, mi falta de caridad, mi tendencia al goce y al escepticismo". (1961:377).

No son muy frecuentes estos descensos a su interioridad en el diario. Cuando los hace prima el recato, la sobriedad cubierta de humor, la parodia casi siempre. El diario es un continuo repensarse no sólo a sí mismo, sino en relación a los demás y al mundo que habita como un ser extrañado, como una "conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas" (430). Es también su fuente de alegría como trabajo literario, como justificación de su talento y vocación de escritor. Lo corrige y lo perfecciona cada vez que transcribe algo. Páginas enteras van formando el corpus de sus obras publicadas, desde su pequeño relato autobiográfico *La Infancia* (1940) hasta su maravilloso libro póstumo *Defensa de la Tierra* (1973) que lo convierte en uno de los primeros ecólogos



Luis Oyarzún fue profesor universitario, decano, agregado cultural y, sobre todo, viajero impenitente, que registra con menuda letra y santa paciencia el itinerario de una conciencia.

nuestros y el más tenaz en la defensa del patrimonio forestal de un país que se empeña en autodestruirse: "Incendios de bosques. Los más bellos paisajes del sur son destruidos sin misericordia. Las araucarias inútilmente abatidas, esqueletos de ballenas en las montañas... El chileno proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura" (1961:328).

Un doble código, no sólo de escritura sino de actitud frente a los temas tratados, nos revelan el otro lado, el oscuro, de este

ser alado, fino, irónico que fue Luis Oyarzún. Fustiga con injusta crueldad y dureza a amigos, artistas, profesores, funcionarios y se vuelve intransigente en el ataque a las ideas políticas y sociales que no comparte. Ni Gabriela Mistral —tan admirada e imitada por él—, ni menos Neruda se salvan de sus embestidas furiosas. Mucho más humano y comprensivo resultan las diatribas contra sus congéneres en la literatura, en las fiestas y paseos juerguísticos: Enrique Lihn, Lafourcade, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier. A propósito de los Encuentros de Es-

critores en Concepción desata sus iras contra Neruda: "Neruda es el gran hombre-masa, característico de este siglo; gran hombre-masa como Hitler, Truman, Nerón y tantos otros que pueden expresar, aun con genio, emociones y resentimientos contrarios al espíritu" (385). Obligado en Osorno a pernoctar allí por una falla en el auto, lee *Poema de Chile* de Gabriela Mistral. Afirma que el poema está "sembrado de pepitas preciosas, pero el conjunto es tieso, parece envarado como un músculo después de una caminata muy larga. La poetisa jadea... es el

suyo un mundillo de vieja campesina, un poco solterona, un poco viuda, que vive de recuerdos que se transforman en 'el recuerdo' (1967:547). No cabe dudas de que éstos eran también los temas de discusión en los paseos, las tertulias en el Forestal o en el Renania, Las Antillas, La Bomba-bar, donde a menudo olvida sus cuadernos. Parece evidente que detrás de la voz narrativa del diario hay otra que transita a *soto voce*: la del verdadero maestro del grupo, el pintor Roberto Humeres. No será difícil reconocer el traspaso de ideologías, la afinidad de sus puntos de vista respecto del arte y la literatura, la crítica corrosiva y el sarcasmo, el uso de la parodia y, sobre todo, la pasión botánica que hacía de Humeres un maestro excepcional. Como es frecuente en la escritura de Oyarzún, también la relación con Roberto Humeres se define en la contradicción amor-odio. Lo extraña cuando está lejos, le dirige cartas. Pero cuando hace el registro de sus encuentros aparece el fantasma del resentimiento, la recriminación, la crítica implacable y no siempre sana, sobre los que se fundaba aquella curiosa amistad: "Añoche, ordaña de R.H. Me saturé de él de nuevo. Quejas, reproches, soberbia. El cree que el mundo se desmorona sin él" (1967, 546).

Un *Diario Intimo* que es memoria, justificación, reafirmación del yo frente a la historia y autodefensa al mismo tiempo. Su decir verdadero y secreto, su yo total y de reserva absoluta. Con rasgos de desahogo existencial, de impotencia rabiosa frente a un mundo que se mueve según leyes absurdas hacia el imperio del hombre-máquina o de la propaganda: "Los mayúsculos problemas del país son abordados por oportunistas o sectarios ignorantes que creen que la sociedad se gobierna con 'ideas', a golpe de TV y radio. Es la república de los locutores" (1972:599). El *Diario Intimo* de Luis Oyarzún es un libro inolvidable y excepcional. Como documento epocal, como testimonio trágico de una vida que busca la plenitud en la naturaleza, cuando no la halla en la creación ni en el arte, ni en el amor, ni en los viajes. Ni siquiera en la desesperada búsqueda de eternidad y trascendencia: "No hay nostalgia más lacerante que la nostalgia de la creación. Esa es, por cierto, la verdadera nostalgia de Dios. El sentimiento del pecado no nos viene tanto de nuestras malas acciones como de nuestras omisiones. El peor pecado es la cesantía del alma, no amar, no admirar, no adorar, no cantar, no elevarse en himnos de alabanza al cielo".